

«Obras maestras» **EL DIABLO SOLO TIENDE** «Eterno». Kirkus
A AQUEL CON QUIEN YA CUENTA

JOE HILL

CUERNOS

Traducción de
Laura Vidal Sanz

 **NOCTURNA**
EDICIONES

JOE HILL

CUERNOS

Traducción del inglés
Laura Vidal Sanz

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: HORNS

© de la obra: Horns © 2010 by Joe Hill

Publicado por acuerdo con William Morrow,
un sello de HarperCollins Publishers.

Traducción de Laura Vidal, cedida por
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: julio de 2022

ISBN: 978-84-18440-72-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Leonora con amor, siempre

«Satán es uno de nosotros; mucho más que Adán o Eva».

MICHAEL CHABON:

«On Daemons and Dust»

CUERNOS



INFIERNO

Capítulo 1

Ignatius Martin Perrish pasó la noche borracho y haciendo cosas terribles. A la mañana siguiente se despertó con dolor de cabeza, se llevó las manos a las sienes y palpó algo extraño: dos protuberancias huesudas y de punta afilada. Se encontraba tan mal —débil y con los ojos llorosos— que al principio no le dio mayor importancia, tenía demasiada resaca como para pensar en ello o preocuparse.

Pero mientras se tambaleaba junto al retrete se miró al espejo situado sobre el lavabo y vio que por la noche le habían salido cuernos. Dio un respingo, sorprendido, y, por segunda vez en doce horas, se meó en los pies.

Capítulo 2

Se subió los pantalones color caqui —llevaba puesta la ropa del día anterior— y se inclinó hacia el lavabo para verse mejor. No eran unos cuernos normales, tenían la longitud de su dedo anular y eran gruesos en la base, pero después se estrechaban hasta terminar, verticales, en punta. Estaban recubiertos de la misma piel clara del resto del cuerpo excepto en los extremos, que eran de un rojo feo y chillón, como si los picos que los remataban acabaran de rasgar carne humana. Tocó uno y comprobó que las puntas estaban sensibles y un poco doloridas. Recorrió con los dedos cada lado de los cuernos y notó la densidad del hueso debajo de la firme tersura de la piel.

Lo primero que pensó es que se lo había buscado. La noche anterior se había internado en el bosque, pasada la fundición, hasta el lugar donde Merrin Williams había sido asesinada. La gente había dejado recordatorios junto al cerezo negro enfermo, cuya pelada corteza dejaba entrever la médula. Había fotografías de Merrin apoyadas con delicadeza en las ramas, un vaso con espigas, tarjetas combadas y manchadas por la exposición a los elementos. Alguien —probablemente la madre de Merrin— había dejado una cruz decorativa con rosas amarillas de nailon grapadas y una virgen de plástico que sonreía con la estupidez beatífica propia de los retrasados mentales.

Aquella sonrisa idiota le ponía enfermo. Lo mismo que la cruz, plantada en el lugar exacto donde Merrin se había desangrado de un

golpe en la cabeza. Una cruz con rosas amarillas. Qué gilipollez. Era como una silla eléctrica con cojines de estampado floral, una broma macabra. Le cabreaba que alguien hubiera decidido llevar a Jesucristo a aquel lugar. Llegaba con un año de retraso y no había estado allí cuando Merrin le necesitó.

Había arrancado la cruz y la había estampado contra el suelo. Después le habían entrado ganas de orinar, y lo hizo sobre la virgen, pero como estaba borracho se salpicó también los pies. Tal vez estaba siendo castigado por esa blasfemia. Pero no, tenía la sensación de que había algo más. Ahora bien, no conseguía recordar qué. Había bebido mucho.

Movió la cabeza a un lado y a otro estudiando su imagen en el espejo, palpándose los cuernos una y otra vez. ¿A qué profundidad llegaría el hueso? ¿Tendrían los cuernos sus raíces hundidas en el cerebro? Al pensar en ello, el cuarto de baño se oscureció, como si la bombilla del techo hubiera perdido intensidad por un momento. La oscuridad, sin embargo, procedía de detrás de sus ojos, de dentro de su cabeza y no de la instalación eléctrica. Se agarró al lavabo y esperó a que se le pasara el mareo.

Fue entonces cuando lo supo. Se iba a morir, estaba claro. Había algo que crecía dentro de su cabeza, un tumor. Los cuernos no eran reales. Eran metafóricos, imaginarios. Tenía un tumor devorándole el cerebro que le hacía ver cosas raras. Y si ya tenía visiones, seguramente no había curación posible.

La idea de que podía estar a punto de morir vino acompañada de una gran sensación de alivio, casi física, como cuando se sale a la superficie después de haber estado demasiado tiempo bajo el agua. En una ocasión Ig había estado a punto de morir ahogado y de niño había tenido asma,

por lo que simplemente ser capaz de respirar ya era motivo de satisfacción.

—Estoy enfermo —resopló—. Me estoy muriendo.

Decirlo en voz alta le hizo sentirse mejor.

Se estudió en el espejo con la esperanza de que los cuernos desaparecieran ahora que sabía que eran una alucinación, pero no fue así. Seguían allí. Se revolvió el pelo, tratando de ver si podía ocultarlos, al menos hasta que pudiera ir al médico, pero dejó de intentarlo cuando se dio cuenta de que era una estupidez tratar de esconder algo que solo él podía ver.

Caminó por la habitación con las piernas temblorosas. Las mantas se habían caído a ambos lados de la cama y la sábana bajera aún conservaba la huella arrugada de las curvas de Glenna Nicholson. No recordaba haberse metido en la cama con ella, ni siquiera se acordaba de haber llegado a casa, otra laguna de las muchas en lo sucedido la noche anterior. Hasta ese momento estaba convencido de haber dormido solo y de que Glenna había pasado la noche en otro sitio. Con otra persona.

La noche anterior habían salido juntos, pero después de unas cuantas copas Ig no había podido evitar ponerse a pensar en Merrin, para el aniversario de cuya muerte faltaban unos pocos días. Cuanto más bebía, más la echaba de menos, y más consciente era de lo poco que se parecía Glenna a ella. Con sus tatuajes y sus uñas postizas, su estantería llena de novelas de Dean Koontz, sus cigarrillos y sus antecedentes penales, Glenna era la anti-Merrin. Le irritaba verla sentada al otro lado de la mesa, estar con ella le parecía una especie de traición, aunque no sabía muy bien si a Merrin o a sí mismo. Al final decidió que tenía que largarse de allí, Glenna no paraba de intentar acariciarle los nudillos con un dedo, un gesto que pretendía ser tierno pero que por algún motivo le

cabreaba. Se fue al cuarto de baño y se escondió allí durante veinte minutos. Cuando volvió, el reservado estaba vacío. La esperó durante una hora, bebiendo, hasta que comprendió que no iba a volver y que no lo sentía. Pero en algún momento de la noche ambos habían acabado juntos en la misma cama que habían compartido durante los últimos tres meses.

Escuchó el murmullo de la televisión en la habitación contigua. Eso significaba que Glenna seguía en el apartamento, que no se había marchado aún a la peluquería. Le pediría que le llevara en coche al médico. El alivio fugaz que le había producido pensar que se estaba muriendo había desaparecido y ahora temblaba al pensar en el panorama que le aguardaba. Su padre intentando no llorar, su madre haciéndose la fuerte, goteros, tratamientos, radioterapia, vómitos, comida de hospital.

Caminó silenciosamente a la habitación contigua, el salón, donde Glenna estaba sentada en el sofá con una camiseta sin mangas de Guns N' Roses y un pantalón de pijama descolorido. Estaba encorvada hacia delante, con los hombros apoyados en la mesa baja, metiéndose un último trozo de donut en la boca. Delante de ella había una caja de donuts de supermercado de hacía tres días y una botella de dos litros de Coca-Cola light. Estaba viendo un programa de entrevistas.

Cuando le oyó llegar, Glenna le miró con los ojos entrecerrados y expresión desaprobatoria. Después siguió mirando la televisión. El tema del programa ese día era *Mi mejor amigo es un sociópata* y una colección de catetos obesos se disponían a tirarse los trastos a la cabeza.

No había reparado en los cuernos.

—Creo que estoy enfermo —dijo Ig.

—No me des el coñazo. Yo también tengo resaca.

—Que no es eso... Mírame. ¿No me ves nada raro?
Preguntaba para asegurarse.

Glenna giró lentamente la cabeza y le miró con los ojos entornados. Todavía llevaba el rímel de la noche anterior, aunque se le había corrido un poco. Glenna tenía una cara agradable, redondeada y de rasgos suaves, y un cuerpo atractivo lleno de curvas. Pesaba veinte kilos más que Ig. No es que estuviera gorda, sino que Ig estaba exageradamente delgado. Le gustaba ponerse encima de él cuando follaban, y cuando apoyaba los codos en su pecho podía dejarle completamente sin aire, en un gesto inconsciente de asfixia erótica. Muchos músicos había muerto así. Kevin Gilbert, Hideto Masumoto, probablemente. Michael Hutchence, claro, aunque no era alguien en quien le apeteciera pensar precisamente en ese momento. *Llevamos el diablo en el cuerpo*. Todos nosotros.

—¿Sigues borracho?

Como no contestó, Glenna movió la cabeza y después siguió viendo la televisión.

Estaba claro, entonces. De haberlos visto, se habría puesto de pie chillando. Pero no podía verlos porque no estaban ahí. Solo existían en su imaginación. Probablemente, si se mirara ahora en el espejo tampoco los vería. Pero entonces reparó en su reflejo en una ventana, y los cuernos seguían allí. El cristal le devolvía la imagen de una figura vidriosa y transparente, un fantasma diabólico.

—Creo que necesito ir al médico.

—¿Sabes lo que necesito yo?

—¿Qué?

—Otro donut, creo —contestó inclinándose hacia la caja abierta—.
¿Crees que debería comerme otro?

Le respondió con una voz neutra que apenas reconocía:

—¿Qué te lo impide?

—Ya me he comido uno y no tengo hambre. Pero me apetece comérmelo.

Volvió la cabeza y le miró con los ojos brillantes y una expresión entre asustada y suplicante.

—Me apetece comerme toda la caja.

—Toda la caja —repitió Ig.

—Ni siquiera quiero usar las manos, solo meter la cabeza en la caja y empezar a comer. Ya sé que es asqueroso.

Pasó un dedo por los donuts, contándolos.

—Seis. ¿Pasa algo si me como los seis?

Le resultaba difícil concentrarse en algo que no fuera el miedo y la presión que sentía en las sienes. Lo que Glenna acababa de decir no tenía ningún sentido. Era otra cosa absurda en aquella mañana de pesadilla.

—Si lo que quieres es tomarme el pelo, te pido que no lo hagas. Ya te he dicho que no me encuentro bien.

—Quiero otro donut.

—Pues cómetelo. A mí me da igual.

—Vale. Si crees que no pasa nada... —dijo Glenna, y cogió otro donut, lo partió en tres pedazos y empezó a comer, metiéndoselos en la boca uno detrás de otro sin tragárselos.

Pronto tuvo el donut entero en la boca, llenándole ambos carrillos. Le dio una arcada, después inspiró profundamente por la nariz y empezó a tragar.

Iggy la miró asqueado. Nunca la había visto hacer algo parecido; de hecho, nunca había visto nada semejante desde el instituto, cuando los

chicos se dedicaban a hacer guarradas con la comida en la cafetería. Cuando hubo terminado, respiró entrecortadamente unas cuantas veces y después le miró por encima del hombro con expresión de ansiedad.

—Ni siquiera me ha sabido bien. Me duele el estómago —dijo—. ¿Crees que debería comerme otro?

—¿Por qué quieres comerte otro si te duele el estómago?

—Porque quiero ponerme gordísima. No gorda como estoy ahora, sino lo suficiente como para que no quieras saber nada de mí.

Sacó la lengua y se llevó la punta al labio superior en un gesto pensativo.

—Anoche hice algo asqueroso que quiero contarte.

Pensó otra vez que nada de aquello estaba ocurriendo realmente. Si era alguna clase de sueño febril, desde luego era persistente, convincente por su lujo de detalles. Una mosca pasó volando delante de la pantalla del televisor. Un coche se deslizó sin hacer ruido por la carretera. Los momentos se sucedían con una naturalidad que añadía realismo a la situación. Ig tenía un talento innato para sumar. Matemáticas había sido la asignatura que mejor se le daba en el colegio, después de Ética, que para él no era una verdadera asignatura.

—Me parece que no quiero saber lo que hiciste anoche —dijo.

—Precisamente por eso quiero contártelo. Para darte asco, para darte una razón para marcharte. Me siento tan mal por todo lo que te ha pasado y por lo que la gente dice de ti que ya no soporto levantarme a tu lado por las mañanas. Quiero que te vayas, y si te cuento lo que he hecho, la asquerosidad que he hecho, te irás y volveré a ser libre.

—¿Qué es lo que dicen de mí? —preguntó. Era una pregunta estúpida. Ya lo sabía.

Glenna se encogió de hombros.

—Cosas que le hiciste a Merrin. Que eres un perverso y eso.

Ig se quedó mirándola, petrificado. Le fascinaba que cada cosa nueva que decía fuera peor que la anterior y lo cómoda que parecía sentirse diciéndolas, sin asomo de vergüenza ni de incomodidad.

—¿Qué es lo que querías decirme?

—Anoche me encontré a Lee Tourneau después de que desaparecieras. ¿Te acuerdas de que Lee y yo estuvimos saliendo en el instituto?

—Me acuerdo.

Lee e Ig habían sido amigos en otra vida, pero todo eso ya había quedado atrás, había muerto con Merrin. Era difícil seguir teniendo amigos íntimos cuando la gente te consideraba sospechoso de un crimen sexual.

—Anoche en el Station House, cuando estaba sentada en uno de los reservados de la parte de atrás después de que tú desaparecieras, me invitó a una copa. Llevaba siglos sin hablar con él y se me había olvidado lo agradable que es. Nunca te mira por encima del hombro; estuvo encantador conmigo. En vista de que tú no volvías, sugirió que te buscáramos en el aparcamiento y dijo que si te habías marchado, él me traería a casa. Pero cuando estuvimos fuera empezó a besarme como en los viejos tiempos, como cuando estábamos saliendo. Y yo me dejé llevar y le hice una mamada; allí mismo, delante de dos tíos que nos estaban mirando. No había hecho nada parecido desde que tenía diecinueve años y tomaba speed.

Ig necesitaba ayuda. Necesitaba salir del apartamento. El ambiente era sofocante y sentía opresión y pinchazos en los pulmones.

Glenna se había inclinado de nuevo sobre la caja de donuts con una expresión plácida, como si acabara de contarle algo sin ninguna

importancia, como que se había acabado la leche o que otra vez estaban sin agua caliente.

—¿Crees que debo comerme otro? —preguntó—. Ya no me duele el estómago.

—Haz lo que te dé la gana.

Glenna se giró y lo miró con un brillo de rara excitación en sus ojos pálidos.

—¿Lo dices en serio?

—Me importa tres cojones —dijo—. Come como una foca todo lo que quieras.

Glenna sonrió y le salieron dos hoyuelos en las mejillas. Después se abalanzó sobre la mesa y cogió la caja con una mano. La sujetó, hundió la cara en ella y empezó a comer. Mientras masticaba, hacía ruidos, se relamía y respiraba de forma extraña. De nuevo tuvo una arcada y sacudió los hombros, pero siguió comiendo, usando la mano libre para meterse más donut en la boca, aunque tenía los carrillos llenos e hinchados. Una mosca zumbaba nerviosa alrededor de su cabeza.

Ig pasó junto al sofá en dirección a la puerta. Glenna se enderezó un poco, tomó aire y puso los ojos en blanco. Su expresión era de pánico y tenía las mejillas y la boca húmeda recubiertas de azúcar.

—Hum —gimió—. Hum.

Ig no sabía si gemía de placer o de infelicidad.

La mosca se posó en una de las comisuras de su boca. Ig la vio allí un instante e inmediatamente Glenna sacó la lengua al tiempo que atrapaba la mosca con la mano. Cuando apartó la mano, la mosca había desaparecido. La mandíbula subía y bajaba, triturando todo lo que había dentro de la boca.

Ig abrió la puerta y salió. Mientras la cerraba, vio a Glenna inclinando otra vez la cabeza hacia la caja..., como el buceador que ha llenado los pulmones de aire y se dispone a sumergirse de nuevo en las profundidades.

Capítulo 3

Condujo hasta la Modern Medical Practice Clinic, donde atendían sin cita previa. La reducida sala de espera estaba casi llena, hacía calor y había una pequeña niña gritando, tumbada de espaldas en el centro de la habitación mientras profería aullidos y sollozos que solo interrumpía para tomar aire. Su madre estaba agachada junto a ella susurrándole con furia, frenética, una retahíla de amenazas, maldiciones y frases del tipo «Te lo advierto». En una ocasión intentó agarrar a su hija por el tobillo y esta le dio una patada en la mano con un zapato negro de hebilla.

El resto de las personas de la sala de espera se dedicaban a ignorar la escena, supuestamente absortas mirando revistas o el televisor sin sonido que había en una esquina. El programa en antena era *Mi mejor amigo es un sociópata*. Algunos miraron a Ig cuando entró, unos pocos con expresión esperanzada, pues tal vez imaginaban que era el padre de la niña que había llegado para sacarla de allí y darle una buena azotaina. Pero en cuanto le vieron, apartaron la mirada, pues enseguida supieron que no estaba allí para ayudar.

Deseó haberse puesto un sombrero. Se llevó la mano a la frente a modo de visera, como si le molestara la luz, con la esperanza de ocultar así los cuernos. Pero si alguien reparó en ellos no lo dejó traslucir.

La pared del extremo de la habitación estaba acristalada y al otro lado había una mujer sentada frente a un ordenador. La recepcionista

estaba mirando a la madre de la niña que gritaba, pero cuando Ig se acercó, levantó la vista y sonrió.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó mientras extendía la mano para coger una carpeta con formularios.

—Necesito que un médico me vea esto —dijo Ig levantando la mano ligeramente para mostrar los cuernos.

La mujer guiñó los ojos en dirección a los cuernos y después esbozó una mueca comprensiva.

—No tienen buena pinta —dijo, y se giró hacia la pantalla de ordenador.

Cualquiera que fuera la reacción que Ig esperaba —y no estaba muy seguro de cuál—, no era esta. La mujer había reaccionado ante los cuernos como si se tratara de un dedo roto o de un sarpullido, pero al menos había reaccionado. Parecía haberlos visto. Aunque de ser eso cierto, no entendía por qué se había limitado a hacer un puchero y a apartar la vista.

—Tengo que hacerle unas cuantas preguntas. ¿Nombre?

—Ignatius Perrish.

—¿Edad?

—Veintiséis.

—¿Tiene médico de cabecera?

—Hace años que no voy al médico.

La mujer levantó la cabeza y le miró pensativa, frunciendo el ceño, e Ig pensó que le iba a regañar por no ir al médico a hacerse revisiones periódicas. La niña gritó más fuerte aún y cuando miró hacia ella la vio golpear a su madre en la rodilla con un coche de bomberos de plástico rojo, uno de los juguetes que había apilados en una esquina para que los niños se entretuvieran mientras esperaban. La madre se lo arrancó de las

manos y la niña volvió a tirarse al suelo y a dar patadas al aire como una cucaracha panza arriba, gimiendo con renovadas fuerzas.

—Estoy deseando decirle que haga callar a esa mocosa —comentó la telefonista en tono alegre, como quien no quiere la cosa—. ¿Qué le parece?

—¿Tiene un boli? —preguntó Ig con la boca seca mientras cogía la carpeta—. Voy a rellenar los impresos.

La recepcionista se encogió de hombros y dejó de sonreír.

—Muy bien —dijo mientras le entregaba un bolígrafo de mala manera.

Ig le dio la espalda y miró los impresos, pero no conseguía centrar la vista.

Esa mujer había visto los cuernos y no le habían extrañado. Y luego había dicho aquello sobre la niña que gritaba y la madre que era incapaz de hacerla callar. *Estoy deseando decirle que haga callar a esa mocosa.* Quería saber si a Ig le parecía bien que hiciera eso. Lo mismo que Glenna, que le había preguntado si estaría mal meter la cara en la caja de donuts y comer como un cerdo en un pesebre.

Buscó dónde sentarse. Había dos sillas libres, situadas a ambos lados de la madre. Conforme Ig se acercaba, la niña llenó los pulmones y emitió un chillido agudo que hizo temblar los cristales de las ventanas y estremecerse a algunos de los que esperaban. Avanzar hacia aquel sonido era como internarse en una poderosa galerna.

Cuando Ig se sentó, la madre se hundió en la silla y empezó a darse golpecitos en la pierna con una revista enrollada, algo que no era, presentía Ig, lo que tenía ganas de hacer realmente con ella. La niña parecía por fin agotada después de su último chillido y ahora estaba tumbada de espaldas mientras las lágrimas rodaban por su cara fea y

enrojecida. La madre también estaba colorada. Puso los ojos en blanco y miró a Ig con cara de sufrimiento. Pareció reparar brevemente en los cuernos, pero enseguida apartó la vista.

—Siento todo este escándalo —dijo, y a continuación le tocó la mano en un gesto de disculpa.

Y cuando lo hizo, cuando la piel de la mujer rozó la suya, Ig supo que se llamaba Allie Letterworth y que llevaba cuatro meses acostándose con su profesor, con el que se citaba en un motel cerca del campo de golf en el que recibía las clases. La semana pasada se habían quedado dormidos después de una intensa sesión de sexo. Allie se había dejado el teléfono móvil apagado y por eso no había oído las numerosas llamadas desde el campamento de verano al que iba su hija para preguntarle dónde estaba y cuándo pensaba ir a recoger a la niña. Cuando por fin llegó, con dos horas de retraso, la niña estaba histérica, con la cara colorada, moqueando, los ojos inyectados en sangre y una mirada furiosa. Tuvo que comprarle un peluche y un helado para calmarla y conseguir su silencio; era el único modo de evitar que su marido se enterara. De haber sabido la carga que suponía un hijo, jamás lo habría tenido.

Ig retiró la mano.

La niña empezó a gruñir y a dar patadas en el suelo. Allie Letterworth suspiró, se inclinó hacia Ig y dijo:

—Por si le sirve de consuelo, me encantaría darle una patada en ese culo de niña mimada, pero me preocupa qué diría toda esta gente si le pego. ¿Cree que...?

—No —dijo Ig.

Era imposible que supiera las cosas que sabía de ella, pero el hecho era que las sabía, como también sabía su número de móvil y su

dirección. También estaba seguro de que Allie Letterworth no se pondría a hablar de darle una patada a su mimada hija con un extraño. Lo había dicho como alguien que habla consigo mismo.

—No —repitió la mujer, abriendo la revista y cerrándola inmediatamente—. Supongo que no puedo. Me pregunto si no debería levantarme y marcharme. Dejarla aquí y largarme. Podría quedarme con Michael, esconderme del mundo, dedicarme a beber ginebra y follar todo el día. Mi marido podría acusarme de abandono, pero, al fin y al cabo, ¿qué coño me importa? ¿Quién podría querer la custodia compartida de *eso*?

—¿Michael es su profesor de golf? —preguntó Ig.

La mujer asintió distraída; le sonrió y dijo:

—Lo gracioso es que nunca me habría apuntado con él de haber sabido que era negro. Antes de Tiger Woods no había negratos en los campos de golf, excepto llevando los palos; de hecho era uno de los pocos sitios donde podías librarte de ellos. Ya sabe cómo son los negros, siempre pegados al teléfono móvil diciendo palabrotas. Y la forma que tienen de mirar a las mujeres blancas... Pero Michael ha estudiado, habla como un blanco. Y lo que dicen de las pollas negras es cierto. Me he follado a montones de tíos blancos y ninguno la tenía como Michael. —Arrugó la nariz y añadió—: La llamamos el hierro cinco.

Ig se puso en pie de un salto y se dirigió a toda prisa a la ventanilla de recepción. Garabateó deprisa la respuesta a algunas preguntas y devolvió la carpeta.

A su espalda la niña gritó:

—¡No! ¡No pienso sentarme!

—Me parece que voy a tener que decirle algo a la madre de esa niña —dijo la recepcionista mirando en dirección a la mujer y a su hija sin prestar atención a la carpeta—. Ya sé que no es culpa suya que su hija sea una cretina chillona, pero no me puedo quedar callada.

Ig miró a la niña y a Allie Letterworth, quien estaba inclinada otra vez sobre su hija, pinchándola con la revista enrollada y susurrándole furiosa. Ig volvió la vista a la recepcionista.

—Claro —dijo vacilante.

La mujer abrió la boca y después dudó, mirándole ansiosa.

—Lo que pasa es que no quiero montar un numerito.

Los extremos de los cuernos empezaron a palpar con un desagradable calor. Una parte de él se sorprendió —tan pronto, y solo los tenía desde hacía una hora— de que la mujer no hubiera actuado en cuanto él le dio permiso.

—¿Un numerito? —preguntó mientras se daba tirones a la incipiente perilla—. Es increíble las cosas que la gente deja hacer a sus hijos en estos tiempos. ¿No le parece? Pensándolo bien, no se puede echar la culpa a los niños de que sus padres no sepan educarlos.

La recepcionista sonrió. Una sonrisa valiente, agradecida. Al verla, Ig notó que una sensación distinta le recorría los cuernos. Un placer glacial.

La mujer se levantó y miró de nuevo en dirección a la madre y su hija.

—¿Señora? —llamó—. Perdone, ¿señora?

—¿Sí? —dijo Allie Letterworth levantado la vista esperanzada, probablemente pensando que ya les tocaba ver al médico.

—Ya sé que su hija está disgustada, pero si pudiera hacerla callar... ¿No le parece que podría demostrar un poco de consideración hacia el

resto de nosotros, joder? ¿Le importa mover el culo y llevársela fuera, donde no tengamos que oír sus berridos? —preguntó la recepcionista con su sonrisa plastificada y postiza.

Allie Lettersworth palideció y en sus mejillas lívidas solo quedaron unas cuantas manchas rojas. Sujetó a su hija por la muñeca. La niña tenía ahora la cara del color de la grana e intentaba soltarse de su madre clavándole las uñas en la mano.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Qué ha dicho usted?

—¡He dicho —gritó la recepcionista, dejando de sonreír y dándose golpecitos furiosos en la sien derecha— que como su hija no deje de gritar me va a explotar la cabeza, y que...!

—¡Váyase a la mierda! —gritó la madre mientras se ponía en pie tambaleándose.

—Si tuviera usted la más mínima consideración por los demás...

—¡A tomar por culo!

—... Sacaría de aquí a esa niña, que está gritando como un cerdo degollado...

—¡Zorra reprimida!

—Pero no, se queda ahí sentada tocándose el chocho...

—Vamos, Marcy —dijo Allie tirando a su hija de la muñeca.

—¡No! —dijo la niña.

—¡He dicho que vamos! —insistió la madre, arrastrándola hacia la salida.

En el umbral de la calle la niña logró zafarse de la mano de su madre. Atravesó corriendo la habitación, pero tropezó con el camión de bomberos y cayó al suelo de rodillas. Empezó a gritar de nuevo, más fuerte que nunca, y se tumbó de costado sujetándose la rodilla ensangrentada. Su madre la ignoró. Tiró el bolso y empezó a chillar a la

repcionista, que le gritó más fuerte todavía. Los cuernos de Ig le palpitaban con una peculiar y placentera sensación de satisfacción y poder.

Estaba más cerca que nadie de la niña y la madre no parecía tener intención de hacer nada, así que la cogió de la muñeca para ayudarla a ponerse en pie. Cuando la tocó, supo que se llamaba Marcia Letterworth y que aquella mañana había volcado el desayuno adrede en el regazo de su madre, como castigo por obligarla a ir al médico a que le quemaran las verrugas. No quería ir y su madre era mala y estúpida. Sus ojos, llenos de lágrimas, eran de un azul intenso, como la llama de un soplete.

—Odio a mamá —le dijo—. Quiero quemarla con una cerilla cuando esté en la cama. Quiero quemarla y que desaparezca.

Capítulo 4

La enfermera que le pesó y le tomó la tensión le contó que su exmarido estaba saliendo con una chica que conducía un Saab deportivo amarillo. Sabía dónde lo aparcaba y quería aprovechar la hora de la comida para rayarle la pintura de uno de los lados con las llaves del coche. Quería también ponerle caca de perro en el asiento del conductor. Ig permaneció sentado muy quieto en la camilla, con los puños cerrados y sin hacer ningún comentario.

Cuando la enfermera le retiró el manguito de tomar la tensión, le rozó el brazo desnudo con los dedos y entonces supo que ya había destrozado otros coches, muchas veces. El de un profesor que la había suspendido por copiar en un examen, el de una amiga que se había ido de la lengua después de que le contara un secreto, el del abogado de su exmarido, solo por el hecho de representarle legalmente. Podía verla, a la edad de doce años, arañando con un clavo uno de los laterales del viejo Oldsmobile de su padres, dibujando una fea raya blanca tan larga como el coche.

La sala de exploración estaba helada, con el aire acondicionado al máximo, y para cuando el doctor Renard entró, Ig temblaba de frío y también de nervios. Agachó la cabeza para enseñarle los cuernos y le dijo al doctor que era incapaz de distinguir lo real de lo irreal. Le dijo que creía que estaba teniendo alucinaciones.

—Le gente no para de contarme cosas —dijo—. Cosas horribles. Cosas que quieren hacer y que nadie admitiría querer hacer. Una niña me acaba de decir que quiere pegarle fuego a su madre cuando esté en la cama. Su enfermera me ha dicho que quiere destrozarse el coche de una pobre chica. Tengo miedo, no sé lo que me está pasando.

El doctor le examinó los cuernos arrugando el entrecejo con aspecto preocupado.

—Son cuernos —dijo.

—Ya sé que son cuernos.

El doctor Renard movió la cabeza.

—Y las puntas parecen estar inflamadas. ¿Le duelen?

—Una barbaridad.

—Ajá —dijo el doctor, y se pasó una mano por la boca—. Déjeme medirlos.

Rodeó la base con una cinta métrica y después los midió de sien a sien y de punta a punta. Garabateó algunos números en su cuaderno de recetas. Los palpó con sus dedos callosos, explorándolos con cara de concentración, pensativo, e Ig supo algo que no quería saber. Supo que el doctor Renard unos días atrás había estado de pie a oscuras en su dormitorio, mirando por la ventana bajo una cortina levantada y masturbándose mientras observaba a las amigas de su hija de diecisiete años divirtiéndose en la piscina.

El médico dio un paso atrás. Sus ojos grises denotaban preocupación. Parecía estar sopesando una decisión.

—¿Sabe lo que me gustaría hacer?

—¿El qué? —preguntó Ig.

—Rallar oxicodona y esnifar un poco. Me prometí a mí mismo que nunca esnifaría en el trabajo, porque me hace parecer estúpido, pero no

sé si seré capaz de esperar seis horas.

Ig tardó unos instantes en darse cuenta de que el médico estaba esperando sus comentarios sobre lo que le acababa de decir.

—¿Podríamos concentrarnos en lo que me ha salido en la cabeza? — preguntó.

El médico se encogió de hombros. Volvió la cabeza y respiró despacio.

—Escuche —dijo Ig—. Por favor. Necesito ayuda. Alguien tiene que ayudarme.

El médico le miró reacio.

—No sé si esto me está pasando de verdad. Creo que me estoy volviendo loco. ¿Por qué no reacciona la gente cuando ve los cuernos? Si yo viera a alguien con cuernos, me mearía en los pantalones.

Que, de hecho, era lo que había pasado cuando se miró en el espejo.

—Cuesta recordar que están ahí —dijo el médico—. Una vez que aparto la vista de ellos se me olvida que los tiene; no sé por qué.

—Pero ahora los está viendo.

El doctor asintió.

—¿Y nunca ha visto nada parecido?

—¿Está usted seguro de que no debería meterme una raya de oxi? — preguntó el médico. De repente, el rostro se le iluminó—. Podríamos compartirla. Colocarnos juntos.

Ig negó con la cabeza.

—Por favor, escúcheme. —El doctor hizo una mueca de desagrado, pero asintió—. ¿Por qué no llama a otros médicos? ¿Por qué no se toma esto más en serio?

—Si le soy sincero —contestó el doctor—, resulta un poco difícil concentrarse en su problema. No dejo de pensar en las pastillas que

llevo en el maletín y en esa amiga de mi hija, Nancy Hughes. Dios mío, quiero tirármela. Pero cuando pienso en ello, me pongo un poco enfermo. Todavía lleva un aparato dental.

—Por favor —insistió Ig—. Le estoy pidiendo su opinión médica, su ayuda. ¿Qué puedo hacer?

—Putos pacientes —masculló el médico—. Solo les importan sus propios problemas.